

Crítica de Libros

Por Eleazar Huerta

LA ANTOLOGIA Poética de Luis Merino Reyes ha sido hecha — según se aclara en el prólogo — por Antonio de Undurraga. Este parece haber escogido las distintas composiciones buscando lo vario más bien que la constante personal del autor. Resulta de aquí un libro interesante, pero heterogéneo, sobre el cual no pueden formularse apreciaciones generales, a no ser con cautela.

"Letanía en blanco" es poesía inocente, clara. Hay en ella infantilismo mental, en parte lo que ha llamado Víctor Castro "humildad sin rubor". En cambio, "Romance negro", más legada conforme a la técnica imaginista del último decenio, me parece menos propia de Merino Reyes, de lo que él es íntimamente, porque la halló aséptica, sin humanidad.

Es más vigorosa "Madre", así como "Idilio", con descuidos de rima objetables en forma tan rigurosa como el soneto.

En "El Río" aparece la tendencia de Merino Reyes a la adjetivación contradictoria: "alas... de esplendor cautivo", "mi sueño... miserable y puro", de la que podemos anotar más adelante variaciones más resueltas.

Por lo que hace a "Los pobres", prima aquí el contenido social sobre la forma literaria, aunque hay algunas bellas frases:

"los vi callados sobre el tiempo,
ajenos al sol de sus fuerzas".

"Balada" es la pugna entre un ímpetu elemental y una forma limada, excesivamente retórica.

"Fronda de amor" es soneto más perfilado que el anterior y citado "Idilio". La adjetivación en contraste, referida a la caricia amorosa, resulta aquí tan natural que no parece la misma que en otras poesías proporciona hallazgos o suscita escándalo literario. Así, la "sed incierta", la "cáustica ternura", o el

"bárbaro y sabio, húmedo y austero".

Una de las mejores poesías del libro es la que sigue, "Calles de mi ciudad". El ambiente y el yo están perfectamente fundidos en un todo lírico que se expresa con ingenuidad consciente.

"Experiencia" es un despertar del poeta a la realidad de la vida, por la vía de la pobreza. Pero mejor sería decir que el poeta revalida serlo, pues la brutalidad de lo cotidiano le hace intuir la armonía oculta de lo disonante:

"Ahora entiendo junto a los umbrales
al hombre mudo y la mujer exhausta,
la frente erguida para los oprobios,
cénico el pulso, bravo miserable".

Ahora suena a tiempo ese "bravo miserable", así como "el candor feroz de mis miradas".

En "Gravidez" hay un conceptismo rebuscado, machacón.

"Niños pobres de Chile", en la vena social, es poema legado y hondo. El autor apenas se refiere a la injusticia social, colectiva, anónima. Ve, sencillamente, el desamparo. Lo que siente — y lo dice sin rebozo — es la vergüenza de su egoísmo:

"¿Acaso sois diversos a la miel de mis hijos?"

Por eso, como una liberación para esos niños y también para su propia angustia, clama después por

"la aurora de paz del día inmenso
en que el hombre y el hombre serán lealmente
hermanos"

De las poesías inéditas, la "Epica de Stalin grado" exagera en todos sentidos, cuajando en extrañas frases, como este elogio a los defensores de la urbe rusa:

"y no sois los libertos del miedo, sois sus amos
movéis sudorosas y sucias, iluminadas
bestias"

También hay extravagancias en "Libertad de París", aunque otras veces lo dicho al revés que todo el mundo cobra notable justeza, como en esto de

"he callado de júbilo al saber
lque París
en manos de franceses viví
[su propio modo]"

LUIS MERINO REYES

Antología Poética

Ediciones Gibrán



MAGDALENA PETIT

Caleuche

Ediciones Cultura

Sobre "Caleuche", de Magdalena Petit, novela fantástica situada en Chiloé, podría decirse que sobra el prólogo, es aceptable la primera parte del libro y es tan francamente bien el resto. Sobra el prólogo porque en él aparece un personaje testigo, sin más misión posterior que narrar hechos ajenos y que, sin embargo, no hace — muy en síntesis — una referencia embrollada a sus propios problemas. Y es que la situación mental de un testigo carezca de importancia, si ha de influir en su modo de ver novelesco. Pero esa visión en ángulo no existe en la novela, donde hay una fantasía com-

pletamente libre, sin otra sujeción que el marco impuesto por el tema legendario.

En la primera parte, que nos relata la arribada extraña de un recién nacido a las playas chilotas, la adopción del mismo por una familia que acaba de tener una niña y el extraño carácter del muchacho, la autora se enfrenta con dos problemas: el de dar realidad artística a un tipo tan forzado como Pingo y el de conciliar lo fantástico con el dato menudo, documental. Va saliendo adelante, pero la hibridez de la tarea se hace patente en ciertas páginas y gravita sobre otras que insisten en dar un ambiente de la isla conservado en versos textuales.

Liberada, con lo hecho en la primera parte, de esa servidumbre de cronista chilota, la autora hace puramente novela en lo que sigue, donde la larga espera de Rosita, la novia del ausente Pingo, es vista con una finura de análisis singular. El ambiente de la novela es ya el suyo, el que la obra ha ido creando, y ocurre ahora que ciertas escenas típicas descritas, como la muerte del chanchito y la fiesta a que da lugar, no resultan documentales, porque están plenamente supeditadas a lo esencial de la novela, a lo que siente Rosita, ese personaje al que podemos ver por dentro.

La crisis de sentimientos de Rosita, su matrimonio con el rival de Pingo y la fantasía catastrófica final, están trazadas hábilmente. La facultad deductora de Magdalena Petit le lleva a acumular sobre Pingo, cuando regresa al fin, una fatalidad compleja. Su ama, aunque por una noche, fué la esposa de otro hombre. Y Pingo, cuya nota siempre fué que para él no pasaba el tiempo, confunde a la hija con la madre y a la novia con la suegra. Acumulación innecesaria de un horror subalterno al más poético de la traición. Sin embargo, el final se mantiene digno de la sagaz parte segunda del libro, en general.